Domingo Miras

Domingo Miras (Campo de Criptana, Ciudad Real, 1934). Ha obtenido los premios Diego Sánchez de Badajoz (1974), Lope de Vega (1975), Tirso de Molina (1980), y Nacional de Literatura Dramática (2000), entre otros.

Algunos de sus títulos más significativos son *Egisto* (1971), *Penélope* (1971*), Una familia normal* (1970), *Gente que prospera* (1971), *Fedra* (1972), *La Saturna* (1973), *De San Pascual a San Gil* (1974), *La Venta del Ahorcado* (1975), *Las brujas de Barahona* (1978), *Las alumbradas de la Encarnación Benita* (1979), *El doctor Torralba* (1982) y *La Monja Alférez* (1986). Entre sus obras breves destacan: *Prólogo a El barón de Moratín* (1980), *El jarro de plata* (1980), *El doctor Torralba*, *La Tirana* (1982), *Entre Troya y Siracusa* (1984). También ha realizado diversas versiones teatrales de obras clásicas, sobre todo del Siglo de Oro español. Recientemente la Asociación de Autores de Teatro ha publicado dos volúmenes con su *Teatro escogido*.

DOS MONJAS

SOR ISABEL.– Por aquí, hermana. Corra, no nos vean. Pase, pase y cierre.
SOR MARCELA.– Nos han visto, sor Isabel. Uno de ellos viene tras de nosotras.
SOR ISABEL.– ¡Pues cierre, hija, esa puerta!
SOR MARCELA.– ¡Y cómo lo haría, si no hay llave ni cerrojo! Ay, ya está aquí el hombre. Apriete, que hagamos fuerza las dos.
SOR ISABEL.– Que Dios nos asista.
VOZ DE CALDERÓN.– Abran, hermanas, no teman.
SOR MARCELA.– Vaya con Dios, y no haga tan gran pecado.
SOR ISABEL.– ¡Vaya, vaya con Dios!
VOZ DE CALDERÓN.– No sin entrar antes, aunque sea por fuerza.
SOR MARCELA.– Ay, hermana, que está abriendo.
SOR ISABEL.– Tiene más fuerza que nosotras, no se canse.
SOR MARCELA.– ¡Jesús!
CALDERÓN.– Ya les dije que entraría. Y, ahora, sírvanse de quitarse el velo y mostrar el rostro. ¡Vamos!
SOR ISABEL.– No piense que lo hagamos.

CALDERÓN.– Lo haré yo, entonces.
SOR MARCELA.– No se atreverá.
CALDERÓN.– ¿No? Véanlo.
SOR ISABEL.– ¡Dios mío!
SOR MARCELA.– ¡Un judío no lo hiciera!
SOR ISABEL.– ¿Sois cristiano, o qué sois?
CALDERÓN.– Cristiano viejo soy, señora, y grandísimo pecador.
SOR MARCELA.– Que sois grandísimo pecador, no tiene duda. Andad con Dios.
CALDERÓN.– Antes de irme, dejad, señoras mías, que de rodillas pida el perdón de este agravio.
SOR ISABEL.– A Jesús habéis agraviado, que no a nosotras. Que Él os perdone.
CALDERÓN.– La necesidad me ha forzado.
SOR MARCELA.– Váyase, señor. Quebrantar la clausura se castiga con la muerte. Váyase al punto con su gente.
CALDERÓN.– No sin que, antes, la justicia sepa si aquí se oculta Pedro de Villegas.
SOR ISABEL.– Aquí no hay sino esposas de Jesús.
CALDERÓN.– Esté aquí o no ese villano, yo les fío que nada malo ha de pasarles, sosiéguense y no se alboroten. Yo conozco a su reverencia.
SOR MARCELA.– ¿A mí me conoce? No es posible, llevo muchos años en esta casa.
CALDERÓN.– Nueve, nueve años. Y, aunque ha cambiado, bien veo que es la misma. Más de una vez nos sirvió la mesa en la casa de Lope de Vega, a él y a mí, ¿no se acuerda?
SOR MARCELA.– Soy deuda de ese señor que, por cierto, tiene criadas que le sirven.
CALDERÓN.– ¿Deuda? Diga más bien hija. Su hija Marcela, bien la conozco. Y aunque criadas había, por honrar la mesa la sirvió su reverencia dos veces, si no tres, que yo recuerde.
SOR ISABEL.– ¿Así, su merced es amigo de don Lope?
CALDERÓN.– Soy de su oficio, pero era entonces un mozo y acompañaba a gente de más viso.
SOR MARCELA.– ¿De su oficio, ha dicho que es? ¿Es, por ventura, poeta?
CALDERÓN.– Así es, señora. Pedro Calderón de la Barca es mi nombre, para servirlas en cuanto quisieren mandarme.
SOR MARCELA.– ¡Ah, don Pedro Calderón! Ya es conocido aquí, y hasta mi padre le nombra y le celebra en un libro que ahora escribe y que llamará *El laurel de Apolo*, aunque después de esto, bien pudiera ser que le mire con peores ojos porque, diga, señor, ¿cómo, siendo poeta, ha tenido atrevimiento para hacer tan gran maldad como asaltar un convento de religiosas?
CALDERÓN.– Señora, un hombre mal nacido ha dado a traición una cuchillada a

un mi hermano, y con la justicia y mis amigos le ando buscando. Alguien parece que le ha visto entrar, y por eso se registra la casa.
SOR MARCELA.– ¡Y arrancan el velo a las monjas!
CALDERÓN.– Sólo para ver que no se ha disfrazado de esa suerte.
SOR MARCELA.– ¡Mire lo que dice!
SOR ISABEL.– ¡Hombre disfrazado de monja, Dios bendito!
CALDERÓN.– Se han dado casos, señora. Y, ahora, con su licencia, voy donde están los alguaciles y mis amigos.
SOR MARCELA.– Si nos deja solas, alguno de ellos podrá entrar en este aposento y hacernos cualquier ultraje.
CALDERÓN.– Habré de purgar mi falta sirviéndoles de escolta.
SOR MARCELA.– Si como purga lo toma, ande con Dios, y no nos sirva con disgusto.
SOR ISABEL.– No, no se vaya, señor, no nos desampare.
CALDERÓN.– Con ser su reverencia de más edad que su hermana, parece más medrosica.
SOR ISABEL.– Sor Marcela de San Félix es moza, y está en edad de valentía.
CALDERÓN.– Se parecerá a su padre, que ha sido hombre de mucha bizarría.
SOR MARCELA.– Pues, si miramos al valor de los padres, tal le tiene sor Isabel, como que ha quedado por público y notorio ejemplo de soldado valeroso.
CALDERÓN.– ¿Quiere decir que es hombre que ha dejado fama? Por mi vida, señora, que me diga su nombre, si no es indiscreción.
SOR ISABEL.– Dígaselo sor Marcela, que lo ha mentado y se le sale solo por la boca.
SOR MARCELA.– Pues así es verdad, y con esa licencia puedo decir que el padre de mi hermana Isabel fue el valentísimo soldado y notable poeta don Miguel de Cervantes, que está sepultado en nuestro convento. Su merced le habrá oído nombrar, seguramente.
CALDERÓN.– ¡Y cómo si lo he oído! Oído por las orejas y oído, sobre todo, por los ojos, que es como se oye a los que escriben o escribieron. ¡Por Dios, qué lance curiosísimo, que estoy aquí a un mismo tiempo con las hijas de Lope y de Cervantes!
SOR MARCELA.– Vea las sorpresas que se pueden topar tras los muros de un convento.
CALDERÓN.– Lo veo, señora, y no paso a creerlo. ¿Y su reverencia no dice nada?
SOR ISABEL.– Mi hermana lo hará con más lucimiento, que es harto aficionada al trato de poetas antiguos y modernos o a leer libros en romance y en latín, y ella misma versifica en coplas muy primorosas.
CALDERÓN.– Digna hija de tal padre. Sin duda, conoce sus escritos.
SOR MARCELA.– Y cómo podría no conocerlos. Sus comedias y sus otros libros,

en prosa y verso. Y los de devoción, cuántas veces.
SOR ISABEL.– Pero no sólo los de su padre, también otros muchos.
SOR MARCELA.– Como los del suyo, hermana. *La Galatea* es un libro excelentísimo, lástima que no lo terminó. Y también algunas de las *Novelas ejemplares*, aunque no todas...
CALDERÓN.– ¿Y el *Don Quijote*? Es el más conocido.
SOR MARCELA.– Demasiado conocido, que todos lo manosean. Es libro algo desaforado, un libro de figurón para que ría el vulgo, aunque sube el tono en la segunda parte...
CALDERÓN.– ¿Y vuestra reverencia, señora, qué responde a eso? ¿Comparte los gustos de su hermana?
SOR ISABEL.– Yo no he leído los libros de mi padre.
CALDERÓN.– Su reverencia se chancea, sin duda.
SOR MARCELA.– Sor Isabel no sabe leer.
CALDERÓN.– ¡Cómo! ¿Es cierto eso?
SOR ISABEL.– Es cierto, señor, que no sé leer, ¿qué hay de raro en ello? Las más de las mujeres están en mi caso.
CALDERÓN.– ¡La hija de Cervantes no sabe leer!
SOR MARCELA.– Pero hace primores con la aguja, señor.
CALDERÓN.– ¡La hija de Cervantes!
SOR MARCELA.– Pero, ¿de qué se espanta? Ella es feliz, con sus rezos y sus trabajos manuales.
CALDERÓN.– Señora, lo regular y ordinario sería que la hija de Cervantes fuese más o menos pareja de la de Lope de Vega, en vez de separarlas esta diferencia tan grandísima. ¿Ha dicho que su reverencia lee también latín?
SOR MARCELA.– Sí, a San Agustín y demás santos padres de la Iglesia. De los profanos, todavía suelo mirar las *Églogas* de Virgilio, y de mozuela leí a Horacio y a Ovidio, pero ya no los toco, desde que profesé.
CALDERÓN.– ¿A Ovidio, de mozuela? ¿Su padre se lo permitía?
SOR MARCELA.– Mi padre disfrutaba viéndome leer cualquier cosa que fuese, y estaba orgulloso de que yo fuese más instruida que muchos hombres que pasan por sabios.
CALDERÓN.– ¿Y don Miguel de Cervantes, no miró por su reverencia de la misma suerte?
SOR ISABEL.– Era hombre muy ocupado en mil negocios, y yo no fui a vivir a su casa hasta que tuve quince años. Hasta entonces, estuve con mi madre en su taberna.
CALDERÓN.– ¿En su taberna, dice? Así se explica, pero aun con eso, es tan grande la diferencia entre una y otra, que raya en el prodigio...
SOR MARCELA.– No hay que espantarse de eso, son azares de fortuna. Pero, oiga cómo le llaman sus deudos.

CALDERÓN.– Habrá terminado el registro, y dan aviso de partida. Salude su reverencia en mi nombre a su señor padre y pídale que excuse este desacato. ¿Puedo hacerle llegar al convento unos pliegos con alguna de mis comedias, cuya lectura le ayude a olvidar mi pecado de hoy?
SOR MARCELA.– Ya he leído y gustado su *Judas Macabeo*, pese a las faltas que le daba el ser copia de oídas. Pero basta, señor. Vaya en paz.
CALDERÓN.– Señora, me siento honradísimo por lo que dice, y me voy lleno de admiración.
Queden con Dios.
SOR ISABEL.– (*Tras corta pausa.*) Despierte, hermana, que se ha quedado embelesada.
SOR MARCELA.– ¿Será este Calderón el que recoja el estandarte de la comedia de manos de mi padre?
SOR ISABEL.– Su caridad lo sabrá, que es tan entendida: "ya he leído y gustado su *Judas Macabeo...*".
SOR MARCELA.– ¿Qué quiere significar con ese tono, hermana?
SOR ISABEL.– Nada que las dos no sepamos, señora.
SOR MARCELA.– ¿Debo entender que la incomoda que yo lea?
SOR ISABEL.– ¡Por Dios, incomodarme!
SOR MARCELA.– Sí, os incomoda, os ofende, os duele.
SOR ISABEL.– Dais a lecturas profanas el tiempo de la oración. Eso es lo que duele, a mí y a todas.
SOR MARCELA.– ¡El tiempo del recreo! Y si os duele, no es sino por envidia.
SOR ISABEL.– ¡Mire lo que dice, hermana!
SOR MARCELA.– Por envidia de lo que leo y escribo y hablo, por envidia de que no soy hermana lega como su caridad, sino que hago labores liberales, participo en el capítulo, y tengo prerrogativas que su ignorancia le impide alcanzar.
SOR ISABEL.– ¡Que Dios le pida cuentas de la falta de caridad con que me ha hablado!
SOR MARCELA.– ¿A decir la verdad llama mi hermana falta de caridad?
SOR ISABEL.– ¡A decirla como la ha dicho! Harto sé que soy ignorante, que profesé como lega y hago trabajos mecánicos, que no tengo voz en el capítulo, que la priora no me pide consejo ni se encierra conmigo a concertar cosas de la comunidad, que no acuden grandes señoras y caballeros al locutorio para hablar conmigo, ni el Duque de Sessa me manda regalos, ni mi padre dice aquí misa y me ve casi a diario, sino que está el pobre bajo tierra en un rincón de la casa, harto sé todo esto, no es menester que me lo pase por el rostro.
SOR MARCELA.– Pues, si como dice, lo sabe harto, mire de no olvidarlo y no hable con esa soberbia.
SOR ISABEL.– Su caridad es quien habla con soberbia, que no yo.

SOR MARCELA.– ¿Yo? ¿Quién ha empezado la disputa, sino su insolencia sobre si leo o no leo en tiempo de oración?
SOR ISABEL.– Es su beneficio ha sido, que está muy desvanecida con sus lecturas, y la plática con ese señor la ha llenado de vanidad.
SOR MARCELA.– ¿Y quién sois vos para corregirme si estoy desvanecida o tengo vanidad? ¿Sois acaso la priora o sois mi confesor? ¿Quién sois vos, decidme?
SOR ISABEL.– No soy nadie, pero debiera ser vuestra igual, ya habéis oído a ese señor: mi padre es tan grande como el vuestro.
SOR MARCELA.– ¿Vuestro padre? Vuestro padre quiso ser poeta de comedias y no lo logró porque no pudo competir con el mío. Y eso, poniendo que sea vuestro padre, porque ya sabe que hay malas lenguas que aseguran que Miguel de Cervantes no fue sino vuestro tío, y que un tal Juan de Urbina tendría algo que decir. En fin, dejémoslo así, pero acuérdese que en el asiento de su profesión no aparece ni apellido, ni edad, ni lugar de nacimiento, por algo será.
SOR ISABEL.– No se puso mi apellido por ser bastarda, no por no tener padre.
SOR MARCELA.– También soy bastarda yo, y bien que figuro como doña Marcela de Carpio. ¿Por qué no está su caridad con su nombre completo de Isabel de Saavedra?
SOR ISABEL.– ¿Y qué importa eso? Lo cierto es que las dos estamos en esta casa, y no cabe imaginar dos suertes más desparejas.
SOR MARCELA.– ¿Y por qué me culpa a mí? Culpe más bien a su padre que, siendo un príncipe de las letras, la dejó que fuese mendiga, que cuando tiene necesidad de leer alguna cosa, ha de mendigar que otro le haga la caridad de leérsela.
SOR ISABEL.– Yo culpo a mi padre, y a mi madre y su taberna de Tudescos, y a todo el que pudo socorrerme y no lo hizo, y no culpo a la Divina Providencia por no condenar mi alma, aunque ganas no me faltan, así me salve Dios.
SOR MARCELA.– Calle, hermana, no diga disparates. Pero, dígame, ¿es cierto que puso pleitos a su padre antes de profesar? ¡Ah, la campana! Dejémoslo, ya me lo dirá en otra ocasión, si quiere. Ahora es menester salir a juntarnos con las otras. ¿Oye? Es a capítulo.
SOR ISABEL.– Será para dar cuenta del quebrantamiento de la clausura.
SOR MARCELA.– Vamos, pues. Pienso que fuera bueno que la disputa que hemos tenido quede entre nosotras, por no dar que hablar a la comunidad.
SOR ISABEL.– Por mi parte, todo está olvidado.
SOR MARCELA.– Y también por la mía. Adelante, hermana.
SOR ISABEL.– Su caridad primero.

NOTA

Texto publicado en: Domingo Miras, *Teatro escogido*, tomo II, Madrid, Asociación de Autores de Teatro, 2005, págs. 667-675.